

TRAT. 6.º—SUAVIDAD DE LA EUCARISTÍA

Este es el trato que entrañablemente consuela al pecador, verse sentado a una mesa con su Señor, como se suele hacer entre los que bien se quieren; y verse tan regalado, que el mismo Señor se le da, y se mete en sus entrañas, y en testimonio de perdón con señal de paz, en prenda de la gloria.

TRATADO 7.º

LA COMUNIÓN Y LA PASIÓN DE CRISTO.

*Caro mea vere est cibus et
Sanguis meus vere est potus.*

Mi Carne verdaderamente es
manjar, y mi Sangre verdade-
ramente es bebida.

(*Jn.*, 6, 56.)

1.—Admiración que pone el manjar eucarístico.

Es tan grande cosa esta de que habemos de hablar, que no puede menos, el que ha de decir algo de este divino Sacramento, sino que se le vaya luego la lengua a decir: *¿Qué es esto?*, como lo dijeron los hijos de Israel cuando comieron el maná. Es cosa tan admirable, es cosa tan alta, es cosa que saca de juicio (1) al que con juicio (1) lo piensa; sobrepuja entendimientos de ángeles, cuanto más de hombres. Porque decidme: ¿Quién hay en el mundo, que por mucho que se desvelara pensando, acertar[a] a pedir lo que nos ha dado Jesucristo nuestro Señor? Y acertado, ¿quién osara [pedir] que, estando en los cielos, tan grande como es, que su majestad y grandeza no cabe en los cielos ni en la tierra, se quedase acá entre nosotros; que lo tenemos aquí presente y está en los cielos; que lo recibimos en nuestros cuerpos, y que entra en nuestros estómagos como manjar suavísimo estando en los cielos?

¡Oh, bendita sea, Señor, tu santa misericordia!
¡Los ángeles y los cielos bendigan a tu santísima Majestad, que tanto cuidado tienes de nosotros, que excede a nuestros pobres y abatidos pensamientos, si pensarlo queremos! *¿Qué es aquesto, hermanos? ¿que*

(1) *Juicio*; el original dice *seso*.

tan cerca está, que tan entre las manos traemos a nuestro Dios, al que nos crió, al que nos redimió, al que nos sacó del poder del demonio, nuestro bien, nuestro amparo? *¿Qué es aquesto*, que tan cerca de nosotros anda, que nuestros ojos lo ven, y nuestras manos lo palpan, y nuestros estómagos lo reciben? *¿Que es esto?*

Mandaba Dios en la vieja Ley (*Deut.*, 26), que cada uno que cogiese nueva fruta de la tierra, fuese al sacerdote a hacer protestación, y decir, en señal que Dios había mandado al Patriarca Abraham (*Gen.*, 12, 7) y a su generación la tierra de Promisión, y que se le había dado una tierra, que en cada cabo estaba llena de miel, de leche, de mil maneras de animales, sin criarlos ellos, ovejas, cabras, vacas, carneros, aves, muchos géneros de fruta. Decía el que traía la fruta nueva: *«Yo protesto y confieso que Dios nuestro Señor nos ha sacado del cautiverio de Egipto, y nos ha dado la tierra de Promisión que prometió a nuestros padres; tierra que mana leche y miel»* (l. c., v. 3). Y allí cantaban todo el salmo 80: *Exultate Deo adjutori nostro, jubilate Deo Jacob*. Por estas misericordias allí decían todos: *Sicut audivimus, sic vidimus* (*Ps.*, 47). «Como lo oímos que nuestro Dios nos había de dar esta tierra, así lo hemos visto.» Así que allí protestaban cómo les había Dios dado aquella tierra tan abundante, y bendecían por ello a Dios.

Si por *la tierra que manaba leche y miel*, si por la tierra que tenía una poca de fertilidad de lo de acá, se le daban y hacían en la vieja Ley tantas gracias a Dios nuestro Señor, ¿qué ha de hacer el pueblo nuevo, el pueblo renovado? ¿qué de gracias, qué de alabanzas?

¡Oh!, bendita sea, Señor, tu palabra, que así la has cumplido; *como lo mandó, así nos lo ha dado*.

2.—Adivinanza de Sansón.

¿Qué es esto, que nos mantuvo con la flor del trigo, y de la miel de la piedra nos ha hartado? ¿Qué quiere decir eso? Paréceme «Qué es cosa, y cosa» (2) de Sansón (*Jud.*, 14, 14):

(2) *Cosa y cosa, Quisicosa, Cosicosa*, todo es uno: significa adivinanza, enigma, problema.

*De comedenti exiit cibus,
et de forti egressa est dulcedo.*

Para que lo entiendan: Iba una vez Sansón a la tierra de los filisteos, y salióle un león muy feroz al camino; arremetió a él, echóle mano de las quijadas, y desencajándoselas, matóle; fué su camino. A la vuelta quiso saber, apartándose del camino, en lo que había parado el león, y halló que había venido un enjambre de abejas, y habían allí criado, y tenía en la boca muchos panales de miel; halló que le corría mucha miel por la boca. Espantóse mucho Sansón de aquello, y tomando de los panales, dió de ellos a su madre y padre y comió él. Y entonces hizo a los filisteos un problema, un «Qué es cosa y cosa»:

*Del que come salió el manjar,
y del fuerte salió la dulzura.*

Los filisteos, como no acertaban, no hacían sino ir y venir a interpretar lo que quería decir aquello; y no aprovechaba, porque no sabían ni entendían lo que significaba; hasta que, como Sansón se lo había declarado a Dalila, ella se lo descubrió a ellos.

Parece esto a lo que tenemos entre las manos: «¿Qué es cosicosa?»

Hartólos de la flor del trigo, y de la miel de la piedra los sustentó (Ps., 80, 17). Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre es verdadera bebida (Jn., 6, 56).

Del que come salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura.

Del fortísimo León—*Vicit leo de tribu Juda, radix David (Ap., 5, 5)*—: de Jesucristo penado y atormentado; de Cristo trabajado, azotado y crucificado; de Cristo muerto en una cruz; de Éste sacamos manjar, sacamos mantenimiento, con el cual nuestros trabajos, nuestros cansancios, nuestras miserias son remediadas; con Éste nos sustentamos en esta larga peregrinación; con Éste nos refrescamos para la sequedad y desierto de este camino.

¿Qué quiere decir: *De comedenti*, «Del que come»? (3).

(3) Esto mismo explica en el Tratado 6, n. 5.

Cuanta hermosura de criaturas veis en el mundo, todo lo crió Dios por amor de Jesucristo, para que le alabase, y fuese para gloria y honra y alabanza de Jesucristo. Todos nosotros suyos somos, por honra suya nacimos, y porque Él fuese glorificado: *Decebat enim propter quem omnia, et per quem omnia, qui multos filios in gratiam adduxerat*, dice el Apóstol San Pablo (*Hebr.*, 2, 10). Jesucristo es nuestro Señor, nosotros somos sus esclavos; para su servicio somos criados; porque Él nos redimió con su sangre bendita; Él nos rescató del poder del demonio; suyos somos; su sangre le costamos: obligados somos a servirlo como un esclavo sirve a su amo, que lo compró por tantos dineros (4). Dice San Pablo (2 *Cor.*, 5, 15): *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*: «Jesucristo murió por todos, para que todos fuésemos igualmente suyos; para que los que tienen vida por amor de Él, ya no vivan para sí, no sean suyos, sino de Aquel que los redimió.» Él es Juez de vivos y muertos, y a vivos y muertos compró.

De todos nosotros se enseñorea; suyo es todo lo criado, cielos y tierra; y esto Él lo dice en muchos lugares: *Omnia dedit mihi* (5) *Pater in manus* (*Jn.*, 13, 3): Todo es mío, «todo me lo ha entregado el Padre en las manos». Hémoslo, pues, de obedecer como a Padre, como a Pastor nuestro, como amparo nuestro; hémosle de temer como a Juez. Todo es suyo, todo se lo comió Él; todos nosotros somos manjar aparejado para Él. *Vivo ego, dicit Dominus*—dice Isaías (49, 18)—*quia omnibus his velut ornamento vestieris, et circumdabis tibi eos quasi sponsa*. «Vive Dios, que te vestirás y compondrás de todos éstos, como de vestidura preciosa; ni más ni menos que una desposada de sus vestiduras muy ricas, te hermosearás y honrarás con ellas; darte he muchedumbre de gente que te sirvan, y te hermoseen; que los enseñorees; que te obedezcan ellos», dice Isaías. Los cristianos son honra, son hermosura, son gloria y alabanza de Jesucristo; todos son ordenados para que los enseñoree Él: para que los coma; así como un

(4) En tiempo del M. AVILA existían esclavos, que se compraban y vendían.

(5) *Mihi*; el sagrado texto dice *ei*.

capón es ordenado para vuestro servicio, y para que lo comáis vos. *Del que come:* de Él; todo es suyo.

De él salió el manjar. ¡Oh benditas sean tus maravillas! ¡Alabadas sean tus grandezas, y glorificadas sean tus misericordias! ¡Y cuán poco se puede decir de ellas! Y eso poco que se alcanza, la lengua no lo sabe ni puede decir; y todo cuanto dice también es poco.

Del que come salió el manjar; [d]el que se enseño-rea de todos, de Aquel por cuya causa lo crió Dios todo, del Dios tuyo, del amparo tuyo, del Criador y Redentor tuyo, de Aquel de quien los ángeles tiemblan de estar delante de Él, de Éste salió el manjar; Éste se ha abajado hasta hacerse manjar con que te mantengas, que lo comas con la boca y lo metas en tu estómago para que engorde tu ánima. ¿Qué señor hay en el mundo que se haga manjar para sus criados, y diga: «Mi criado está malo; sángrenme a mí, azótenme a mí, muera yo en una cruz porque mi criado viva; pase yo trabajos porque él descanse; yo me quiero hacer manjar para que él coma y engorde? ¡Todo esto hiciste, Señor!

¿Qué es esto, Señor? ¿Faltaba a tu soberana magnificencia con qué mantenernos, que no te contentaste con cuantas aves y animales, frutas y otras cosas que criaste para mantenimiento y servicio del hombre, que fuiste ahora a hacerte Tú mismo manjar? ¡Los ángeles te bendigan! ¡Y cómo desfallecen nuestros juicios pensando en esto! Pues ¿por qué lo hiciste, Señor, si había otra cosa con qué mantenernos? Para que veamos cuánto nos ama, que no estuvo contento hasta hacerse manjar y meterse en nuestras entrañas. Para engrandecernos, para transformarnos, para hacernos una misma cosa con Él.

3.—*Miel de la piedra.*

Es el Santísimo Sacramento una representación de Jesucristo crucificado. Amad, hermanos, a Jesucristo; hallaréis alegría, hallaréis sosiego, hallaréis remedio, hallaréis dulzura y sabor para sufrir los trabajos, y no los sentiréis.

De la piedra salió la miel: de Jesucristo crucificado.

—Padre, ¿no es blando, no es sabroso, no es amoroso? ¿Pues por qué le llamáis piedra?

Piedra fué Jesucristo en sufrir trabajos. ¡Qué de bofetadas! ¡qué de pescozones! ¡qué de azotes! ¡qué corona de espinas sufrió! ¡qué de blasfemias oyeron sus orejas! ¡qué cruz! ¡qué clavos! ¡qué muerte tan deshonrada! ¡Y qué recio y qué firme, qué constante como piedra dura! Cuanto más le lastimaban, más fuerte estaba; nunca los trabajos le pudieron doblegar, para que dejase de padecer con el amor que nos tenía. ¡Qué firmeza hasta la muerte! ¡Qué dureza, que parecía que era de acero! Aquella carne virginal, limpiísima, parecía que no sentía. *Ut adamantem, et ut silicem dedi faciem tuam*; dice Dios por Ezequiel (3, 9): «Púsele cara, púsele su rostro dile un gesto durísimo, fuerte más que el diamante.»

—Y si es así, ¿cómo es tan blando y tierno?

Mirad, ¿no lo veis? ¿Qué amigo tendréis vos, por quien sufráis una afrenta, una deshonra, un trabajo, que digáis vos: «Cargue esto sobre mí, porque a fulano no le venga esta pena»? Luego os quejáis por una tentacioncilla, por un trabajuelo, por un descon-suelo, que no lo podéis sufrir, y decís: «¿Quién ha de pasar adelante a tantos estorbos?» ¡No miráis aquel sufrimiento de Jesucristo! ¿Es mucho que pases tú por Él una nonada? ¿No ves lo que por ti pasó, con cuánta firmeza y fortaleza lo pasó? *Así como piedra, puso su rostro, así como diamante*. Mira con cuánta paciencia, con qué silencio, aparejado a sufrir más, si pudiera ser, aunque se imaginaran infinitos tormentos. ¿Sois yunque, Señor, que tanto sufrís?

Más pagó de lo que era menester, más pagó de lo que se debía a la Justicia de Dios. *Piedra* se dice por lo que sufrió, por aquella firmeza y determinación de no volver el rostro a las bofetadas. *Blando* es, porque a todos consuela. ¿Nunca has probado a ir cuando lo has menester? Ve, pues, a Él, hermano, y verás cuán blando lo hallarás para abrazarte, para consolarte y remediarte. ¿Quién nunca fué a Él que no lo consolase, que no volviese remediado? *De la piedra salió la miel*, de la piedra dura a las bofetadas, y a ninguna respondió mal ni ásperamente. Aquí cumplió Él a la letra lo que Él había mandado: *Et que te hiriere en el carrillo, vuélvele el otro* (Lc., 6, 29). Anda, pues, hermano mío, vete al Santísimo Sacramento, vete a Jesucristo crucificado, vete a morar a las cuevas de la piedra (Cant., 2, 14), vete a me-

ter a las llagas de Cristo, y todos cuantos trabajos hay te parecerán pocos.

Dice San Bernardo «que los mártires no tendrían fuerzas para padecer los tormentos que padecían, si no tuvieran los trabajos de Jesucristo delante». Porque ¿en qué juicio cabe que una doncella, criada toda su vida en casa de su padre en grandes regalos, en camas blandas y vestiduras delicadas, que habían de poder por fuerzas humanas sufrir los tormentos que padecían? A una la asaban viva, a otra la hacían tajadas, a otras les peinaban las carnes con peines de acero: y ellas estábanse riendo. ¿Por qué lo sufrían? Porque estaban metidas *en los agujeros de la piedra*. Decían ellas: «Mi Señor Jesucristo pasó por mí esto—y teníanle delante de sus ojos crucificado, y en su corazón—: ¿es mucho que pase yo esta nada? Todo es poco para lo que yo le debo; que Él hizo por mí esto, y más que esto.» Esto les hacía padecer con alegría, que de otra manera, ¿cómo era posible?

De la piedra salió miel. ¿Quién nunca tal vió, de la piedra seca y dura, miel suavísima? De la dureza de los trabajos de Jesucristo, miel dulcísima para que pasemos los nuestros con alegría, y que se nos hagan dulces; sale, de la tristeza de Jesucristo, alegría para nosotros; de su muerte, vida eterna; de sus penas, coronas para sus criaturas. ¡Quién nunca tal vió! ¡Quién se para a pensar los milagros y maravillas que Jesucristo obró, donde se anega nuestro juicio!

¿Tiene[s] sed? Piensa, hermano, en la que Jesucristo pasó por ti, y quedarás refrescado, y tu sed apagada sin agua. ¿Tienes hambre? Piensa en la de Jesucristo, y luego serás harto sin pan. ¿Estás desnudo? Piensa en Jesucristo crucificado desnudo, y hallarte has vestido sin ropa.

¡Oh! Dios nos dé gracia para pensar, pues tanto remedio hay escondido en sólo pensar la Pasión de Jesucristo.

Vete a las deshonras, hallarás honra; vete a la muerte, hallarás la vida; vete a sus trabajos, hallarás descanso; vete a la Pasión de Cristo, que allí está todo tu remedio. *Hurtónos de la miel de la piedra*, eso quiere decir: que de la muerte sale la vida, que de un Dios-Hombre crucificado entre dos ladrones,

tenido por otro tal como ellos, sale la vida, y Él la da.

¿Qué es esto, que de un Señor solo sale vida, sale consuelo, sale alegría, sale hartura, sale remedio para todos nuestros males?

4.—Pasión de Cristo y Comunión.

Si del santísimo Cuerpo de Jesucristo nos vienen todos estos bienes, y toda nuestra bienaventuranza está en recibirlo como debemos, dirás: «Padre, ¿para qué es esta comunión? ¿Ya no nos ha redimido Jesucristo? ¿No se puso en la cruz por nosotros? ¿No murió por nosotros? ¿Ya no pagó por nosotros? ¿De qué sirve este comulgar?»

Para que no esté aquí alguno medroso, que aun con todo eso, no esté seguro, sino que piense que es menester más. Él pacificó al Padre la ira que contra nosotros tenía, como dice el Apóstol San Pablo (*Efes.*, 2, 13): *Nunc autem in Christo Jesu vos, qui aiquando eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi; ipse enim est pax nostra.* Todo cuanto bien tenemos, nos vino de Él; en la cruz ganó el consuelo, remedio de nuestros trabajos, la alegría, la vida, la gloria que para siempre esperamos. ¿Que es menester más comunión? ¿No está ya la justicia de Dios satisfecha? ¿perdonados nosotros? ¿Qué era menester más?

Sí es menester, hermanos. Bendita sea la hora en que lo pensó; bendito el lugar donde tal pensamiento cupo; bendito sea el día en que tal ordenó; bendita la boca que tal habló, y bendito el que nos concedió y dió tal licencia que vayamos a recibirlo.

—¿Qué es esto, Padre? ¿Por qué es menester comulgar?

Mirad, hay algunos que piensan en la Pasión de Jesucristo, y piensan en los bienes que nos causó, conocen las misericordias que en ello nos hizo, que nos rescató del poder del demonio, que nos dió la vida y descanso, nos dió fuerzas para nuestros trabajos, medicina para nuestras enfermedades, que nos alcanzó vida y gloria; y con todo no estamos contentos ni alegres.

—¿Que hay hombres de éstos, Padre?

Sí. Mirad, ¡Jesús! Dios nos libre de tan poco es-

fuerzo; que de todas maneras nos está ya perdonado. ¿Qué temes? «Cuanta diferencia hay del cielo al abismo—dice San Agustín—, tanta diferencia va de lo que Jesucristo pagó a lo que se debía.» Mira la altura de los cielos, mira el profundo de los infiernos, mira la diferencia que hay de lo uno a lo otro; que no es nada en comparación de lo que Jesucristo pagó por nuestros pecados.

Hay hombres que aun no se consuelan con todo eso; dicen: «Padre, bien sé yo lo mucho que ganó Jesucristo en la cruz; bien sé que remedió allí a todos; bien sé las misericordias que nos ha hecho; pero ¿qué sé yo si querrá Él que se particularicen en mi los merecimientos de su Pasión? ¿Qué sé yo si sere yo uno de aquellos por quien Él se puso en la cruz? Que de haber Él muerto por todos, de haber Él redimido a todos, no hay duda; pero ¿qué sé yo si soy uno de éstos, Padre?»

No creo que me entendedís las viejecitas. ¿No habéis entendido? Pues escuchad. Habrá alguna que diga: «Bien sé yo que Jesucristo murió en la cruz por todos; mas como eran tantos, ¿qué sé yo si allí se acordaba Él de mí?»

Eso, pues, hace la comunión, que sepas que se acordó allí de ti. Pareció al que vino por nuestro consuelo, pareció al que trajo un manto de consuelo para cubrir los desconsolados, pareció a la magnificencia soberana de Jesucristo, dejarnos acá una prenda para que, poseyéndola, tuviésemos grandísima certidumbre moral que Jesucristo murió por nosotros, y que cada uno piense y tenga por cierto que por él particularmente murió, como si no hubiera más que él solo. *Panis quem frangimus, nonne participatio corporis [Christi] est? Quoniam unus panis et unum corpus multi sumus omnes qui de uno calice et de uno pane participamus* (1 Cor., 10, 16, 17).

Cuando comulgas bebes un trago de *caldo esforzado*. Cuando acá está uno muy malo, que ya no puede comer, hácenle un poco de *caldo esforzado* con oro y con muchas piedras preciosas y perlas, y danle de aquello a tragos. Mirad, un trago de *caldo esforzado* recibís, que en su comparación todas las perlas y piedras preciosas son basura: un bocado de pan vas a recibir, que vuelve el alma a su lugar: *Super aquas refectionis educavit me, animam meam convertit* (Ps., 22, 2, 3). Da esforzada confianza, da segurí-

sima certidumbre moral que eres tú uno de aquellos por quien Él murió. Di, ¿comulga otro por ti? No, que no puede ser (digo de los legos); sino tú comulgas por ti, y con tu boca recibes a Jesucristo; en tu propio estomago lo metes. ¿Para qué esto? Para que sepas de aquí adelante que, cuando te llegas a comulgar, no es otra cosa sino particularizar en ti los méritos de la Pasión de Cristo, y hacerte uno de aquellos por quien Él derramó su sangre.

Tengo mucha compasión de veros tan desmayados, tan tristes; que el uno falta aquí, el otro desfallece allí; ya le espanta la carne, ya la vanagloria, ya otras tentacioncillas. ¿Desmayados había de haber? ¿Desesperados había de haber estando con nosotros Jesucristo? Sí, desmayados estáis; sí, tristes; sí, desesperados, porque no sabéis comulgar: el uno llega tibio, el otro desconfiado, el otro no lleva más esperanza que lo ha de remediar Jesucristo, que si allá no fuese.

¿Qué es comulgar, di? Un certificarte, en cuanto es de tu parte, que lo que Jesucristo ganó en la cruz, es para ti; para que sepas que la sed, hambre y cansancio, deshonras, tormentos de Cristo, todo es para tu propio rescate.

¿Qué es comulgar? Hacerte saber que eres una de las ovejas por cuyo amor derramó su Sangre. Para eso abres tú la boca y comulgas tú, para que sepas que Cristo se cansó, lloró y gimió, le azotaron, le coronaron de espinas, y murió en la cruz por ti mismo.

5.—*¡No sabéis celebrar, ni comulgar!*

¿Habéisme entendido? Creo que no. ¿Por qué no sentís provecho? Porque no sabéis comer. No hay manjar, por muy amargo que sea, que si no lo mascáis, sintáis su amargura. Si no, miradlo en una píldora, que con ser como una hiel, no se siente, porque no se masca. Ni tampoco hay manjar tan dulce, que si os lo tragáis sin mascar, sintáis su dulzura.

¿Por qué no sabéis comulgar? Porque os tragáis el Santísimo Sacramento entero, y no lo desmenuzáis; que si el sacerdote, antes que fuese a decir Misa, pensase un rato en los trabajos de Cristo; si se entrase un rato en un rincón, y se parase a pensar en aquella tristeza que Jesucristo pasó en el huerto de Getse-

maní; si te lo estuvieses allí mirando con cuánta tristeza oraba al Padre, y te dolieses allí de Él, y llorasas y te entristecieses con Él; y si pasases más adelante, cómo le prendieron, y cómo iba aquel benditísimo Cordero entre aquellos lobos rabiosos con tanta mansedumbre; si te pasases a mirarlo cómo anda de juez en juez; si tus ojos lo mirasen en aquella durísima columna amarrado, desnudas sus carnes, y te parases a pensar cómo las desmenuzan con crueles azotes; si un rato antes, tu ánima se parase a mirar a Jesucristo, cómo lo coronaban de espinas, y mirases por aquel rostro sacratísimo cómo corrían arroyos de sangre; si te parases a considerar cuál iba por aquella calle de la Amargura, tan cansado con la cruz por ti; si lo considerases puesto después en ella con tanta deshonra y tormento, tan blasfemado y hollado de todos; si te parases a pensar esto, y dijeses: ¿Adónde voy? ¿Qué voy a hacer? Señor, ¿que os voy a recibir a Vos? Señor, ¿que habéis Vos de entrar en mi cuerpo? Bendito Vos seáis: y ¡cómo desfallecemos (6) pensando en esto!

Si el sacerdote y el que va a comulgar desmenuzase muy bien a Jesucristo primero, no dudo sino que sentiríades grandísimo sabor y dulzura en comulgar. Pero no lo desmenuzáis, no os aparejáis, ¿qué queréis que os haga?

Ojalá, hermano, os aparejásedes como para un convite que hacéis a un amigo vuestro: Ver qué negociado andáis, qué solícito, diligente, buscando lo uno y lo otro.

No os disponéis como sería razón; no hay más sino ¡alto! a comulgar quiero ir; no lo habéis pensado cuando ya lo tenéis hecho. En comulgando, ni os recogéis más que antes; hacéislo como primero; en comulgando luego ¡alto! a la plaza; ¡alto! a casa a comer las ollas, a entender el uno con el otro; ¡alto! a la conversación, y andar por ahí perdidos.

No lo desmenuzamos; no sentimos nada, porque no rumiamos. Comémonos el *pan de la fuerza*, y quedámonos desmayados y flacos; comémonos el pan de alegría, y quedámonos tristes; comémonos el pan de la vida, y quedamos amortecidos como antes.

¿Qué es comulgar? El Santísimo Sacramento es

(6) *Desfallecemos*; así la edición de 1596; otras, *no desfallecemos*.

manjar para flacos, manjar de desmayados, de tristes, llorosos, desconsolados, manjar de pobres. En recibéndole, di: «Comulgado he; he sido participante de lo que ganó la Sangre de mi Señor Jesucristo: mío es ya, con haber comulgado, lo que Él mereció; parte tengo en la herencia que me ganó; participado he de sus merecimientos.» Así lo dice el Apóstol San Pablo en la Epístola que escribió a los Hebreos (3, 14): *Participes Christi effecti sumus*. Dice Santo Tomás, que «así como el bautismo es entrada y puerta por donde uno entra a ser partícipe de los merecimientos de Jesucristo, ni más ni menos la santísima comunión es una señal de que eres uno de aquellos a quien ha de aprovechar la Pasión y Muerte de Jesucristo». ¿Qué quiere decir: «Comulgado he»? He participado de lo que Jesucristo pasó.

—Padre, pues tanto bien gano en la santísima comunión, ¿cómo no lo siento? Que ni tengo acá dentro sentimientos como otras personas, ni consolaciones, ni otras cosas de éstas.

Eso, hermano, nuestro Señor lo da a quien él es servido, no tengas tú cuidado de eso; bástate que recibes lo principal, que es la gracia para la gloria que esperamos, si bien comulgaste. ¿Pues qué más quieres? «Comulgado he», no quiere decir otra cosa, sino «uno soy de aquellos para quien Jesucristo quiere su gloria».

¿Por qué no queréis comulgar? ¿Por qué no queréis ser participante de los trabajos ajenos, convidándoos con lo que otro trabajó y sudó, y no lo queréis? ¿Quién nunca vió tan grande locura?

Quando van a dar el Santísimo Sacramento a los enfermos, díceles el sacerdote: «Hermano, dad gracias a Dios que os ha dejado recibir el Cuerpo santísimo de nuestro Señor Jesucristo» (7). Pluguiese a su Majestad, y no dijésemos noches y días otra palabra. ¡Oh, qué palabras para detenernos en ellas toda nuestra vida, y no predicaros más! Pluguiese al Espíritu Santo—pues a Él toca este negocio—, y viniere en nosotros, para que de verdad dijésemos: «Hermanos, demos muchas gracias a nuestro Señor, que nos ha dejado recibir su santísimo Cuerpo.» ¡Oh

(7) El *Manual Toledano* que se usa en España trae esta sentencia, aunque no con las mismas palabras. Nada de esto se lee en el Ritual Romano,

Señor, bendita sea tu misericordia! Y lo que Tú ganaste la lanza en la mano, es nuestro consuelo abrir nuestra boca, recibirte y comerte con el aparejo debido. Lo que Él sudó y trabajó con malas noches y peores días, es nuestro, con tan poco trabajo. ¡Oh, bendita sea, Señor, la hora en que ordenaste de hacerle nuestro manjar!

Muy grandes mercedes hace Dios a quien Él da gracia para que se confiese y comulgue: *Nam etsi ambulavero in medio umbrae mortis non timebo* (Ps., 22, 4), dice David: «Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré.» Aunque los pecados me persigan y me digan: «Anda, vete, mal hombre; ¡y siendo quien eres, querrias tú ahora salvarte!» Aunque los demonios te hagan cocos (8), aunque todo el infierno se junte a espantarte, aunque todas las tentaciones se junten a querer derribarte comulga y no temerás.

6.—*La mesa de la paz.*

—Padre, ¿qué es comulgar?

¿No rogaríades ahora a Dios que nos enviase quien nos lo dijese y nos lo diese a entender de veras? Decid: si tuviese el Rey una mesa, como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo. Los que unos a otros se habían injuriado, los que habían reñido, sentábanse todos a aquella mesa, y en asentándose, no había más enojo, ni más enemistad entre aquéllos; llamaban la mesa de la amistad, *la mesa de la paz*. Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión, de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar, mesa significa (9). Decid: si dijese el rey, y mandase pregonar por todo

(8) *Hacer cocos*; según la Academia, es «halagar a uno con fiestas o ademanes», etc.; pero aquí parece significar lo contrario: «espantar con gestos y visajes».

(9) El altar representa la mesa de la Cena del Señor; el ara de la Cruz, la sepultura de Cristo, y al mismo Cristo, por el cual son ofrecidos a Dios nuestros sacrificios. (Véase el *Pontifical*, ordenación del Subdiácono.)

el mundo: «El que me ha hecho alguna traición, si me ha ofendido en algo, por la cual injuria merecía la muerte. doy señal, que si yo le convidare para que venga a comer a esta mesa, que yo le he perdonado.» Si hubieses tú hecho alguna traición, si te enviase a llamar el rey para que comieses con él, ¿qué alegría sentirías? ¿qué regocijo? ¿qué placer? «¡El rey me ha enviado a llamar para que coma con él, luego perdonado me tiene!» ¿Sería menester llevarte por fuerza? ¡No sería menester excomulgarte! ¡Oh Señor, bendito seas para siempre! Pues hombres hay ahora, que si han de comulgar de año a año, los han de llevar por fuerza, y a poder de excomuniones, y se les hace más de mal, y que tiemblan de ver venir el día en que han de comulgar. ¡Ah!, y si no los castigasen, no lo harían tarde ni temprano. Digo de parte de Dios, que no estáis los tales a un canto de real (10) de ser herejes. ¿Y de dónde, negro (11), se han levantado las herejías que se han dicho del Santísimo Sacramento? De no comulgar, de dejarlo olvidar el que no lo recibió sino de año a año. Dios nos guarde por quien Él es; Dios nos guarde y tenga que no caigamos.

Tenéis a Jesucristo entre vosotros, ¿y no lo miráis con los ojos que sería razón; no se lo agradecéis, no os aprovecháis de sus misericordias? Si comulgádes muchas veces con devoción, con humildad, iriades de buena gana a la mesa de paz. ¡Qué nueva para el encarcelado, que está esperando cuándo lo han de sacar a la horca! : «¡Hermano, el rey te llama para su mesa!» ¡Qué nueva para tristes, para desmayados, para los que han ofendido a Dios!

Vete, hermano mío, a la mesa; que si vas triste, volverás alegre; si vas desmayado, volverás con esfuerzo. Llégate a la mesa; gozarás de un abrazo que allí da Dios tan suave, que no se sabe decir. Allégate, hermano, que allí está tu descanso, allí está tu placer, allí está tu gozo, allí está la paz, allí está la gracia y después la gloria.

(10) *Canto de real*: el grueso de una moneda de un real. Hoy decimos *el canto de un duro*.

(11) *Negro*; hoy diríamos *miserable*.

TRATADO 8.º

DEL PROPIO CONOCIMIENTO (1).

(¿Incompleto?)

*Caro mea vere est cibus, et
Sanguis meus vere est potus.*

Mi Carne verdaderamente es
manjar, y mi Sangre verdade-
ramente es bebida.

(Jn., 6.)

1.—¡Ay del que no se mira!

Dos peligros muy grandes, entre otros, traemos en esta vida, de los cuales nos cumple apartar; hemos menester vivir con grande vigilancia para no caer en ellos.

El uno es no mirarnos, no tomarnos cuenta de quién somos. El otro es, después de habernos visto, después de haber sabido quién somos, desmayar.

¡Ay de quien no se ha mirado! ¡Ay de quien no trae cuenta consigo y procura de saber quién es! ¡Y ay de aquel que, después que se ha mirado, y después que ha hecho la cuenta de lo que es, desmaya! El no mirarse, el no saber el hombre quién es, acarrea un grande mal, que es soberbia, presunción, tenerse en mucho, pensando que es algo. El haber puesto en sí los ojos, el haber conocido lo poco que es, el haber venido a conocimiento de cosa tan baja [acarrea desmayo]. Hay hombres tan olvidados de sí, tan hechos a pecar, tan hechos a tantas abominaciones, tan olvidados de quien son, que no han puesto los ojos en su miseria y maldades. Hay hombres tan olvida-

(1) Este sermón parece incompleto. Al final empieza a hablar de la comunión.

dos de Dios, que tan de nuevo pecan cada día, que hacen tantas abominaciones, que parece que no hay Dios que tal vea y castigue; parece que no ofenden a la Majestad de Dios, pues que les deja pasar con tantas maldades, y no los traga la tierra vivos y los sume en el profundo del infierno. Echado han atrás, olvidado han, Señor, tus palabras en sus corazones; no hay de ellos, Señor, quien de Ti se acuerde, ni de guardar tus Mandamientos; todo lo han olvidado (*Ps.*, 13): *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* Dijo el malo en su corazón: *No hay Dios*, no hay a quien toquen estos males que hago; quiero vivir como se me antojare; yo haré lo que mi apetito me dijere: quiero seguir mi carne en todo lo que ella me dijere; que *no hay Dios* que lo vea ni lo juzgue. Dijo el malo estas cosas *en su corazón*, no con la boca. Da a entender, que es mayor mal decirlo con el corazón, por decirlo en la parte afectiva—que allí está ser una cosa buena o mala—, que decirlo con la lengua. Porque bien puede uno decir una cosa con la lengua, aunque sea ella mala, y no serlo, porque siente otra cosa en el corazón contraria de aquélla; pero el que la dice con el corazón, es grandísimo mal, como lo nota aquí el Profeta.

De éstos, los que ofenden a Dios, el carnal, el avariento, el homicida, todo aquel que peca, con el corazón dice que *no hay Dios*; profesas uno con la boca, y tus obras dan a entender otro, y que no sientes con tu corazón lo que con la boca confiesas, dice el Apóstol (*Tit.*, 1). También tienen las obras su manera de hablar, como la lengua. El que vive descuidado de ver quién es. «¿En qué ando? ¿cuánto ha que nací? ¿en qué he gastado mi vida? ¿por qué he ofendido tanto a Dios? ¿por qué tantos pecados? ¡Oh miserable de mí, qué ha de ser de mí! ¡Cuán olvidado estoy de mí! En gran mal vivo, en gran peligro estoy; Dios haya misericordia de mí.»

¡Ay del que no se mira! Miras tu haza, miras tu viña, miras tu heredad, y tienes cuidado de ella; miras tu capa, miras tus zapatos, y tienes cuidado de traerlos limpios; de todo esto tienes cuidado de traerlo limpio, ¡y no te miras a ti, y haste olvidado de quién eres! De todo esto tienes cuidado, y estás olvidado de conocerte: ¡ay de ti! «Ruégote—dice San Agustín—que tengas tanto cuidado de mirarte a ti, como lo tienes de limpiar tus calzas, como de lim-

piar tus zapatos. Si no dejas ensuciar la ropa que traes vestida; sino andas limpiándola, relimpiándola, ¿por qué te olvidas de ti? No des al demonio fruto de ti, pues por lo demás miras que no se pierda.»

2.—*Tu tormento será mirarte.*

¡Ay de aquel que no se mira! ¡Ay de aquel que de sí se olvida! Cuanto menos te mirares ahora quién eres, tanto menos echarás atrás la miseria, la hediondez y podredumbre que eres; tanto más te mirarás y remirarás. Después que en los infiernos estés ardiendo, hará Dios que te estés mirando, y será el mayor tormento que tendrás, mirarte. Querrás huir de ti, y no podrás; querrás olvidarte de ti, y mientras Dios fuere Dios te estarás mirando, y te tendrás a ti mismo delante de los ojos, mirándote y remirándote, y dándote vueltas, que no quede cosita de ti, que delante de los ojos no la tengas. ¡Mírate!

San Agustín es uno de aquellos a quien acaeció esto, antes que nuestro Señor le hiciera las misericordias que le hizo. Contábanle la vida de San Antón, aquellas virtudes suyas tan altas, aquella vida tan perfecta. Como estaba oyendo la vida del Santo, iba él dentro de sí comparándose a sí con el otro, y decía: «¡Oh Santo Dios!, aquél tan limpio y yo tan sucio, metido en otros mil cuentos de abominaciones y suciedades; aquél tan abstinente y yo tan glotón; aquél tan bueno y yo tan malo. ¿Qué ha de ser esto?» Viéndose cuánto le encarecían la vida del glorioso San Antonio, no quería más pensar en ella adrede, ni quería mirarse, por la suciedad y obscuridad de su corazón.

¿Hay aquí algún malo a quien acaezca otro tanto? ¿Predicamos aquí la Ley de Dios y sus mandamientos? ¿Predicamos aquí la luz y clarísima doctrina del Evangelio de Jesucristo? ¿Decimos aquí lo que os cumple de parte de Dios? Cuando estáis oyendo, ¿no os estáis mirando vuestra mala vida, vuestros pecados y abominaciones, y deseando que acabemos para irnos? Vaisos, y dejáislo olvidar, porque os da pena, y os está escarbando la conciencia, y diciéndoos quién sois. Dejáislo olvidar, porque os escuece la luz de la doctrina; no queréis que se os acuerde adrede, por no pasar un mal rato; háceste olvidadi-

zo de quien eres. El mayor mal que hay en el mundo [es éste]; Dios, por quien Él es, lo remedie (*Jn.*, 3): *Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem*. Por esto se dijo: Amaron los hombres más las tinieblas que la luz; abrazaron más el olvido de sí propios que el acordarse de quién son.

No es mucho pecar; hermano; pasión es, flaqueza es. Harás un pecado, y mañana te enmiendas; andar malo es. Somos tan malos y flacos, que estamos sujetos a mil miserias. Si cuando viene el pensamiento bueno que envía Dios: «¿Qué haces, pecador de ti? ¿en qué andas? Si ahora te murieses, ¿qué sería de ti? Tantos años ha que naciste, ¿qué es de lo que has hecho por Dios? Vuelve sobre ti, mírate quién eres, deja esa mala vida.» Si lo recibes, si lo pones por obra, si no le dejas ir, la misericordia de Dios te ha cercado. Bueno estás, alaba a Dios. Pero si lo dejas ir, si se te olvida, si no te acuerdas más de él, vaste por ahí a pasear, no tienes más así que así, como si Dios no te hubiera avisado con el pensamiento bueno; desdichado de ti, ¿para qué naciste, si no te miras y te acuerdas de ti? Cuanto más te olvidares ahora de mirarte, más te mirarás después: cuando traiga Dios una hora en que salga el ánima de esas carnes, y vaya y se ponga delante el justo juicio de Dios (*Ps.*, 49): *Statuam contra faciem tuam*. Ponerte ha enfrente de ti, cercada de demonios [tu alma], cercada de pecados, que pone espanto mirarlos, y te los hagan mirar por fuerza, y que tú mismo te condenes, y digas: «Justísimamente merezco los infiernos.» ¿Qué harás, desdichado, di? ¿No será bueno mirarte ahora porque después no te hagan mirar por fuerza? No te olvides de ti, acuérdate de quién eres. Señor, tenme de tu mano, alúmbrame para que me conozca; aborrézcame yo a mí porque te ame a Ti. *Ut nobis displicentes, tibi placeamus*, para que desagradándome yo a mí, contente a Ti: queriéndome mal a mí, quiera bien a Ti. Con pensar quién eres, con la pena que recibes de tus pecados, con ese temblor de la justicia de Dios, con esos trasudores, viene el bien; con esa vergüenza que recibes en ver quién eres, vendrá tu salud y remedio. De no acordarte de ti, de no procurar conocerte, de no mirarte, de olvidarte, no sino grande vergüenza para el día del juicio, grandes tormentos, suma desdicha.

3. — *Transformación que causa el propio conocimiento.*

Espera cuando estés muy corrido de mirarte en ti de vergüenza, de mirar una vida de cuarenta años o cincuenta, y que apenas podrás dar cuenta de una hora buena y bien gastada: «¡Malaventurado de mí! ¿Qué he hecho? ¿en qué he andado envuelto? Olvidando a Él, heme olvidado a mí. He dejado a mi Dios, a mi Bien, a mi Señor, por uno que si lo conociédes, no daríades por él un cornado, antes huiríades de él cielos y tierra. ¿A quién he dejado, y por quién? Cuando piensas (*Ez.*, 18) que *anima, quae peccaverit, ipsa morietur*, ¡qué haré yo, que he pecado, que he ofendido a Dios! ¡Oh! que si carga Dios la mano entonces, ¡oh qué paso! ¡oh qué angustia y por todas partes! Entonces es menester la ayuda de Dios mucho. Si así andáis, por ahí anda Dios. *Oculi sublimes hominis humiliati sunt, et incurvabitur altitudo virorum*, dice el Profeta Isaías (2). Si Dios ha andado por casa, *abajándose habrán ya los ojos muy altos*, los pensamientos elevados. Un día antes que venga a vuestras casas, *será abajada la altura de los varones*; en eso se verá si ha venido, si andan todos bajos y humildes, derribados por tierra, si entendéis ya en pedir a Dios que os perdone, y no en las vanidades pasadas.

Si Dios ha tocado vuestras ánimas, sentiréis una carga de la Majestad de Dios, que os apesa, y que da con vos en el suelo, y os abate, que no os oséis menear y digáis: ¿Quién soy yo que he ofendido a tan alta Majestad? ¡Que gusano de tierra ha osado levantarse contra tan gran Señor! ¡Ah, desdichado de mí! Y como al día del juicio precederán aquellas señales tan espantosísimas, aquellos terremotos, aquel fuego terrible, que ha de quemar todo el mundo, para que los hombres tiemblen como hojas en el árbol; así también, cuando Elías estaba en la cueva metido, vinieron primero grandísimos terremotos de aire y de fuego, que viniese Dios (*3 Reg.*, 19); de esta misma manera, en el ánima, un rato antes que venga Dios, veréis el temblar: «¿Quién soy yo, que he de parecer el día del juicio delante de Dios? ¡Oh desdichado de mí, que mis maldades, mis traiciones, mis abominaciones han de parecer delante de los hom

bres, y de los cielos y de la tierra! Cuanto mal pense hacer toda mi vida, todo ha de ser descubierto. ¡Qué ha de ser de mí!»—Día amargo, día del parto es este día, día de dolor (*Ps.*, 44): *Timor et tremor venerunt super me*. El temor y el temblor vinieron sobre mí, dice el Profeta David; *el temor* de ver quién soy, *el temblor* de qué será de mí: *Dolores inferni circumdederunt me*. Los dolores del infierno me cercaron, los dolores de los pecados, de las maldades que he hecho. Así estoy condenado. ¡Oh Señor!, que estoy aquí, y mi nombre en el infierno. Está entonces el ánima tan arrecida, que no osará menearse, sino que pensará que se ha de hundir la tierra con ella está tan mansita. Y esto os doy por señal, si ha venido Dios a vuestra casa, si estáis chiquitos, si estáis tamañitos, entonces, aunque sea el rey y el Papa, está metido en un agujero, que aunque entonces le diesen de voces y de palos, no despegaría la boca, sino diría: «Todo es poco para lo que merezco. Había de estar ardiendo en los infiernos, ¿qué mucho que me den una bofetada, que me huellen por ahí todos? Yo lo doy todo por bien empleado, esto y más que hagan, porque haya Dios misericordia de mí, porque no me eche donde merezco; porque la Majestad de Dios me sea mansa, yo sufro todo eso de buena voluntad.»

Entonces, hermano, no habrá soberbia, no habrá tener a los otros en poco; no habrá fantasía, sino humildad, y andar la boca por el suelo, por mandado de quienquiera; olvidanse las curiosidades; de todo cuanto antes se hacía, no hay nada; ahora todo arda al contrario: Porque me perdonen, dice el hombre, yo andaré hecho basura por ahí. Los que se están enteros, los que no se han bajado, los que no han perdido nada de su fantasía, y de su locura y curiosidad, los muy galanes, los muy elevados, no ha venido esta hora por ellos. Si no están los soberbios quebrantados, si no están por el suelo, no ha entrado Dios por su casa, no saben qué cosa es Dios. Tiembla el que a Dios siente; tiembla, como hoja en el árbol, de la justicia de Dios.

4.—*El demonio pone desmayo en el propio conocimiento.*

Allí está el provecho, si te sabes aprovechar, y el peligro, si no te sabes regir; en eso está tu remedio si sabes usar de ello, y tu daño si no te has como te has de haber.

Grandísima cosa es la comunión. Ahí está tu salud si sabes aprovechar el comulgar, y tu perdición si no te sabes llegar al Santísimo Sacramento como es menester; ahí está el peligro, donde está tu salud. Muy solícito anda el demonio por estorbarlo.

¿Y por qué digo esto? ¿Quién nunca vió en tal día como el de ayer, en la procesión donde va el Cuerpo de Jesucristo, diablos llenos de cuernos y con unas malas vistas? ¿Quién entremetió al diablo con el Santísimo Sacramento? ¿Hay tal cosa en el mundo? No te espantes, si vas a comulgar con deseo de aprovechar, con deseo de estar bien con Dios, y allí va el demonio a decirte: ¿Qué haces? ¿Si está ahí Jesucristo o no está ahí? Pónete mil dudas y escrúpulos. No te espantes, ni cures de responder; hazte sordo, no hagas caso de él.

¿Qué cosa hay más alta ni más buena que la oración y contemplación? Pues ahí ha cogido el demonio a muchos livianillos, porque no saben regirse ni lo hacen con humildad. Están el ojo tan largo a si ven algo, a si sienten algo. No así, hermanos, no creáis de esa manera lo que el demonio se quiere. Tráeles luego mil imaginaciones: «Si vi; no vi.» Háceles pensar mil desatinos; créenlo ellos pensando que es bueno; veislos ahí caídos.

Decid, ¿qué cosa hay más segura que temer a Dios, que temblar de Dios? Pues hay ahí gran barranco, hay ahí armado lazo. Bueno es conocer el hombre quién es, bueno es pensar el hombre en sus miserias; pero ha de tener tiento; no ha de pensar mucho. No has de ahondar mucho; no escarbes mucho, que peligrarás. Cuando uno pasa un río, si no tiene la cabeza buena, acaece que mira tanto al agua que corre, que se le anda la cabeza y cae. ¿Qué remedio? No mirar al agua, mirar la orilla, mirar la tierra firme. Bueno es pensar los pecados, bueno es tener dolor de tu miseria, pero no demasiado. No has de pensar luego que estás ya en el infierno; no

es posible, mira que se te anda la cabeza. No mires al agua, mira que caerás muy presto, mira que eso es vispera de la desesperación; no te mires de esa manera, mira a tierra firme, mira que la misericordia de Dios te puede perdonar eso, y muy mucho más que eso. No seas loco, guárdate, mírate con prudencia.

5.—*La comunión, esfuerzo del alma.*

¿Qué remedio para estos dos males, para los que nunca se miran, y para los que mirándose mucho, desmayan? *Mi Carne*—dice Jesucristo—*es manjar, y mi Sangre cosa para beber.* ¿Si habrá aquí por ventura algún flaco desmayado que diga, quién soy yo para ir al cielo? ¿Quién soy yo para que Dios me perdone? ¿Que está temblando de Dios? ¿Si habrá aquí alguno que vence su carne y la trae sujeta? ¿que vence su soberbia, que vence sus pasiones y se enseña de todas ellas? Si hay aquí alguno que de tal manera se ha con las cosas de acá, que parece que no está en ellas; si hay aquí alguno que de tal manera está en el mundo, que no vive conforme al mundo, y con todo eso anda flaco, temeroso y desmayado, a este tal dice Jesucristo nuestro Señor: «No desmayes; esfuerza, prosigue lo que comenzaste; no desfallezcas en la mitad del camino, que de todo es remedio mi Carne. No te espanten tus males ni tus pecados, que de todo es cura y medicina mi Carne: esfuerza a tu flaqueza, dará fuerza a tu desmayo; quitará todo el miedo, y en su lugar pondrá grandísima confianza, quitará el temor, y darte ha sosiego. Mi Sangre refrescará tu sequedad, recreará tu ánima, esforzarla ha. Más puede este santísimo manjar para alegrarte, que tus pecados a entristecerte; más te esforzará y confortará este manjar, que los demonios y el ver quién eres te puede desmayar. *Mi Carne*—dice Jesucristo—*es verdadero manjar.*

Digamos un poquito de la Comunión espiritual, que otro día diremos de la sacramental. Todo el esfuerzo que pone un manjar bueno en un cuerpo enflaquecido y desmayado, ese mismo pone la Carne de Cristo a un ánima desmayada, desesperada y flaca, que ya está para perderse. Dios me dé gracia que os lo sepa decir, y a vosotros para que lo sepáis oír, y vayáis hartos,

gordos y consolados y muy esforzados. Creedme, que si entendiédes que está muy gran parte de vuestro consuelo en saber comuigar espiritualmente, esperaríá en nuestro Señor que iriades consolados y alegres.

¿Qué quiere decir: *Mi Carne es manjar*? No habéis de entender, que quiere una ánima la Sangre de Jesucristo para sustentar el ser natural que tiene, porque los del inñerno vivirán para siempre, sino el ser sobrenatural, con lo cual vivirá el ser natural para siempre en el cielo. A semejanza de esto, comulgando y comiendo y recibiendo a Jesucristo, se te da ya, no señal, sino el mismo Señor que todo lo crió, y todo lo sustenta, y cielos y tierra están en su mano; ¿y pá-raste, con todo eso, a escrupulear si te dan la hacienda, dándote al Señor de la hacienda? *Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* dice el Apóstol a los Romanos (8). ¿Cómo no nos dió con su Hijo todas las cosas? Quien lo entregó a la muerte por nosotros, y porque viviésemos, y lo bajó por ensalzarnos a nosotros, ¿qué no se esperará de Él? Pues quien nos dió el reino, nos dará el reinado; quien nos dió el Señor, nos dará el señorío; quien nos dió tan bendito Hijo, en quien están y resplandecen todas las cosas, bien se sigue que nos ha dado todo lo que es del Hijo. Pues en testimonio que te han dado parte en sus méritos, el ser ya mantenimiento de sus lágrimas, lo que merecieron sus tristezas, con tantos azotes, corona de espinas, tormentos y muerte: te mandó comulgar, y ordenó la santa Comunión, para que confieses que Dios te quiere bien.

¿Qué mesa hay que pueda dar lo que ésta da? Pues en testimonio que eres uno de los que han de ir al cielo, comes tú a Dios, y te come Él a ti: que te torna parte de su Cuerpo; esto quiere decir que come Dios a ti y tú a Él. Que te torna Él a ti en parte de su Cuerpo, es incorporarte en Dios, hacerte parte suya. No como acá, que si tú comes una lechuga o otro manjar, aquello se torna substancia de hombre. Tú no conviertes al Santísimo Sacramento en tu substancia, sino Él a ti en la suya, como hemos dicho. Este divino manjar te dará fuerza, darte ha confianza, darte ha gozo y alegría, darte ha una paz verdadera para siempre.

TRATADO 9.º

LA COMUNIÓN, REMEDIO CONTRA LA CONCUPIESCENCIA.

Qui manducat me et ipse vivet propter me.

Quien me come a Mí, ése vivirá por Mí.

(Jn., 6.)

1.—*Reliquias del pecado original.*

La general y lamentable caída que los hijos de Adán dimos, heredando de él el pecado, la muerte y la privación de la justicia original, la compara el glorioso San Bernardo a un hombre que cayese en un charco, donde hubiese piedras y cieno; el cual quedaría sucio con el cieno, y lastimado, quebrantado y enfermo con el golpe que en las piedras dió. Así que aquellos a quien la grande misericordia de Dios fué tan favorable, que los trajo al santo Bautismo, donde los remedió contra el pecado original y contra todos los demás que ellos hubieren hecho, y son lavados interiormente de la culpa de los pecados por la Sangre de Jesucristo, representada en el agua con que de fuera nos lavan el cuerpo, y limpios perfectamente de la mancha o cieno que el pecado les pegó, con todo eso, quedan todavía con reliquias penosas y peligrosas, causadas de la carga del pecado original (1); como a un hombre que estuviere muy enfermo y muriese y Dios le resucitase a la vida que antes tenía, que aunque quedase vivo, quedaría enfermo y flaco para las operaciones que los sanos suelen hacer.

Llámanse estas reliquias del pecado original, *enfermedad del ánimo*; porque la enflaquece para hacer su propia obra, que es amar al Señor con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo.

(1) Aug., Serm. 207 de Tempore.

Llámase *herida del ánimo*, porque la deja con ignorancia de muchas cosas que debe saber, del conocimiento de la voluntad de Dios en particular, y en la voluntad aficionada a la carne y cosas de ella; y cuanto más aficionada a la carne, tanto más tarda para guardar la ley de Dios, y tanto con mayor dificultad hace el bien que hace.

También se llaman estas reliquias del pecado, *tirano*.

Llámase *Ley de los miembros*, porque un hombre que no quiere estar sujeto a sufrir los movimientos torpes y desatinados que esta mala inclinación obra en él, aunque no sean pecados, le hace gemir, y aun a los que desean servir a Dios, como parece en San Pablo, cuando decía (*Rom.*, 7): *Infelix ego homo: quis me liberabit...? ¡Desdichado de mí! ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte?* Palabra digna de consideración, y declaradora del espíritu de San Pablo; y creo, que palabra que nos declara nuestra flaqueza y pequeñez de nuestro espíritu. Aquel San Pablo, sobre el cual tantas persecuciones y de tantas maneras vivieron, y que estaba tan lejos de llamarse desdichado por ellas, que las tenía por gloria, y se regocijaba en ellas con muy grande afecto, siente tanto los insultos y movimientos con que el pecado le acomete, que sacan del, al parecer, mujeril y apocado ánimo: *Desdichado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte?*

Y este mismo sentido y gemido han tenido todos los Santos, que como personas vivas—y muy vivas—a Dios, no solamente sienten y gimen los pecados, aunque sean livianos, mas cualquier movimiento que nazca del pecado o vaya a parar al pecado; y con todo este sentimiento y cautela que, renovados por el espíritu de Jesucristo, tienen, es tanta la flaqueza que del pecado quedó, que ninguno de ellos escapó de caer en pecado y pecados, aunque veniales; unos mirando en ello, otros tomándoles el pecado de sobresalto; en fin, dieron caídas, causadas de la flaqueza, y no corrían con tanta ligereza el camino de la Ley de Dios, como si estuvieran del todo sanos.

Ni por esto imagine nadie que esta enfermedad o flaqueza sea alguna cosa positiva en el ánimo, o alguna lesión en la substancia de ella; porque según dicen todos los Santos, imitando en esto a San Dionisio, si la naturaleza de los demonios se quedó sana,

aunque pecó, la de los hombres también lo quedaría. Y por eso no se ha de imaginar que la flaqueza del ánimo, para andar el camino de Dios, se cause de estar ella misma en su naturaleza debilitada, como un hombre que tiene una pierna coja, que no puede tanto andar ni correr como si estuviera sano. Entera se quedó el ánimo, entero se quedó el cuerpo; mas como fué quitado al ánimo el don de la justicia original, con el cual ella se convertía y amaba a Dios con gusto y facilidad, y el cuerpo, aunque según su inclinación natural se fuese tras las cosas carnales y presentes, estaba tan enfrenado y sujeto al ánimo, que no la traía a sí con demasiada afición, ni tenía movimiento ninguno, si primero por la razón no fuese mandado; esto quitado, fué como quitar un freno a una bestia, que siguiese sus inclinaciones con tanto ímpetu, que aunque por virtud de la gracia no traigan a consentimiento al que rige la bestia, hácele sudar y gemir, y con guerra tan importuna, descuidase o cánsase algunas veces. Y de ahí vienen sus pecados veniales, de aquí la lucha, de aquí los ayunos y vigiliias, y de aquí las lágrimas y oraciones, por mortificar y crucificar los deseos de la carne, y poder señorearse de ella, para que ni haga al ánimo caer, ni la impida de correr el camino de Dios según debemos.

2.—*Cautelas necesarias.*

Es de notar y maravillar cómo nosotros estamos tan tibios y tan lejos de sentir aquestas heridas, y tan flojos de pelear con nosotros mismos, teniendo tantos ejemplos de hombres santos, que tan amargamente lloraban, no solamente estas caídas veniales, mas aun los primeros movimientos; y aunque no los tuviesen, el verse inclinados a caer les eran suficiente materia de lloro, y deseaban con grande ahinco de salir de vida, en la cual, por mucho que uno viva recatado, ha de caer en pecados veniales. y si más se descida, da consigo en los abismos del pecado mortal. Cosa digna para hacer temblar a todos cuantos lo oyeren; y por nuestros pecados, hay en algunos, aun en los que están en el estado de gracia, tanto descuido para sentir esta enfermedad y flaqueza que de Adán heredamos, y en nosotros tenemos, que ni la lloran, ni la temen, ni se les da nada por primero movimiento, ni por caer en pe-

cado venial. Conténtanse éstos con estar vivos, aunque muy cercanos a la muerte; mas viven grandemente engañados, porque de tener en poco aquellas enfermedades, ordinariamente resulta perder la vida del alma por algún pecado mortal.

¿Quién no juzgaría por loco a un hombre que fuese por un camino, a la orilla del cual por una parte y por otra estuviesen unos hondísimos valles, que quien en ellos cayese se haría pedazos, y de sólo mirarlos desde arriba se le desvanece la cabeza al hombre? Y si el hombre fuese por allí a pie, aun no sería locura tan grande, porque puede mirar con diligencia dónde pone los pies, e ir poco a poco, y por ventura la grande atención le sería causa de escapar del peligro. Mas ¿con qué palabras encareceremos la locura del hombre, que pudiendo ir seguro por medio del camino, quiere ir a peligro por el cabo de él, caballero encima de una bestia que sabe poco de freno, que tira corcovos, que da saltos, y que es tal, que ir encima de ella por camino seguro aun es peligroso? Acuérdate, hombre, cuántas veces te ha acaecido sentir rebelde a ti, y sentir rebeldes a tus pasiones interiores, airarte donde has de ser manso, encenderte en malos deseos queriendo ser casto, y así en lo demás. Y si deseas huir la espartable y miserable caída de pecado mortal, no vayas tan cerca de esa misma caída, pues la bestia que llevas es tan inclinada a pacer la hierba vedada, que no dudará, si ve una poca de hierba fresca fuera del camino, arrojarle con desenfrenamiento a pacerla, y cuerpo y ánima daréis en las peñas bravas del pecado mortal.

¿Quién hay que quiera morar en los lugares pequeños, que ninguna defensa tienen, ribera de la mar, en tiempo que andan corsarios por ella, y llevan cautivos a los que no están como fuertes ciudadanos? Métete dentro en la tierra, mora en ciudades de muros, porque los corsarios son tantos y tan fuertes, que aun hasta allí te seguirán, y tendrás harto que hacer en escaparte de sus peleas con huída. No sé qué desventura es aquésta, que habiendo muchas cercas en una ciudad, y como las cercas que son más interiores sean más fuertes, y haya en ellas más gente y más esforzada, y el amparo del rey esté más cercano, que queramos nosotros vivir en la primera cerca, donde la guerra es ordinaria, los muros más flacos, el socorro menor; y viendo por experiencia que cada día hay allí

muchos vencidos, y tomados de los enemigos, y muertos con muy gran crueldad.

El amparo de los que bien quieren vivir, Jesucristo nuestro Señor es; el lugar donde ampara a los suyos, su santo Cuerpo místico es, que por otro nombre es llamado *Ciudad de Dios*. Y conforme a la gracia y diligencia que un hombre tiene, así vive más en lo de fuera o en lo de dentro de esta ciudad. Entre la cual y los enemigos hay tan continua y tan cruda guerra, que aun algunas veces acaece llevar los enemigos vencido al que estaba muy dentro y cerca del rey. Testigo de esto es San Pedro, testigo David, testigos muchos Santos del yermo, que de grande alteza de santidad cayeron en la profundidad del pecado mortal; a unos de los cuales levantó la piadosa mano de Dios, para que nosotros no desesperemos en nuestras caídas, y a otros dejó por justicia, y arden para siempre en el infierno, para perpetuo escarmiento y aviso contra nuestra negligencia y tibieza. Cristiano, si no se te da nada por caer en pecado mortal, ¡ay de ti!, ¡ay de ti! Si tienes balanzas para pesar la grandeza, y deseas salir de él, huye también de los veniales, porque aunque mirando a sólo ellos, hacen tanto mal al ánima, que ningún hombre cuerdo los debe admitir; mas mirando a que son escalón y disposición para, mediante ellos, caer en pecados mortales, todo buen cristiano con todo cuidado y diligencia los debe huir.

La enfermedad tienes dentro de ti, y no una sola, mas muchas: y acaecerte ha, como dice San Cipriano, que si vences la ira, se levanta la soberbia, y si vences la soberbia, se levanta la deshonestidad, etc. Y quien quiere no ser vencido de algún enemigo de éstos, razón es que vele; y el enfermo que quiere sanar, debe curarse y sufrir los trabajos de la cura, y no salir de ella hasta que sane. Y acuérdate bien, que muchas veces, enojado el Señor con la tibieza, y viendo en cuán poco le estima el que la tiene, alza su mano de él, y como en el Apocalipsis (3), lo ha amenazado, así lo cumple, vomitando de sí, y dejándolo caer en algún pecado mortal, para que el tal hombre tibio, siendo herido con golpe tan recio, despierte del sueño tan peligroso en que estaba, y entienda lo que no entendía y cuán mal caminaba, pues dió tan miserable caída. Y así como el soberbio, cuando es azotado con caer en algún pecado mortal vergonzoso, entiende la soberbia en que estaba por el castigo, y lo alanza de sí, hu-

millándose con gran confusión, así el negligente, herido con golpe de pecado mortal, debe entender que la causa de aquello fué el descuido y tibieza con que vivía, y avergonzado y lastimado con el efecto, poner remedio en la causa, levantándose por la penitencia, y andar su camino con más diligencia que antes.

¿Qué es esto, hermanos? ¿qué es esto, que en las cosas temporales está nuestro deseo tan vivo, y va tan adelante de lo que debemos, que no hay quien se contente con ruin capa, si la puede tener buena, ni con pocas cargas de uva de su viña, si puede hacer que haya más? La fruta que comemos, ni la queremos demasiadamente madura, ni que esté mal sazónada; pequeña falta en un manjar nos descontenta de manera que no le queramos comer; el servicio que nos hacen, queremosle con buena crianza; que sea presto y con buena gracia: quien puede estar sano y recio, no se contenta con estar enfermo. ¿Pues por qué, siendo tan adelantados en escoger lo mejor en todas estas cosas, somos tan apocados en contentarnos con lo menos en las cosas que valen más? Cogemos la ceniza y derramamos la harina; y los que desean tener mucho de tierra, no se les da nada por tener mucho del cielo; y para donde era menester la verdadera codicia, allí tiene una vergonzosa hartura, cosa muy reprendida de la divina Escritura.

Y si leemos al bienaventurado San Pablo (*Philip.*, 3), hallaremos con cuánto peso y cuántas veces nos amonestaba que, desocupados de todo lo que nos puede impedir, corramos con ligereza a la celestial joya, para posesión de la cual Dios ha llamado a los cristianos por su misericordia; y que no nos contentemos con tener el principio de la virtud, sino que crezcamos en ella, y que perfeccionemos nuestra santificación en el temor del Señor.

Esta misma doctrina nos enseñan los Santos, incitándonos al aprovechamiento y perfección de la virtud, y reprendiendo mucho nuestra tibieza, enseñándonos que con gran cautela huyamos los pecados veniales, y con lágrimas y buenas obras los deshagamos, cuando en ellos cayéremos, y con las demás cosas que la Iglesia tiene ordenadas.

De manera que el cuidado del cristiano no ha de aflojar, ni dar de buena gana sueño a sus ojos, hasta que, a lo menos, viva sin caer en pecado mortal. No debe caer en él el hombre cristiano; y según hemos

dicho, para no caer en él, conviene huir de los pecados veniales; y este fundamento echado—con el cual tendrá esperanza de ser salvo por la misericordia de Dios—, añada sobre esto el edificio de la plata y oro y piedras preciosas, y la purificación de su ánima, el colmo de la caridad según más puidiere, con la gracia del Señor; de manera que nunca ande su ánima por el camino de Dios descuidada ni floja, mas herida con la espuela del temor o amor, procure *con ensanchado corazón correr el camino de la Ley de Dios*, alcanzando su perfección o trabajando por alcanzarla; porque como San Bernardo dice: «A los unos y a los otros contará el Señor por perfectos.»

3.—*El tibio es desdichado.*

Y este diligente cuidado de buscar perfecta limpieza y entera salud debe ser muy anejo a las personas religiosas que, dejadas las ocupaciones e impedimentos del mundo, se determinaron de servir a Dios; porque si no tienen este cordial cuidado, ni alcanzarán perfecta salud, y podráseles decir, que teniendo armas no pelean, y lo necesario para edificar y nunca edifican; y que habiéndose desembarazado de todas las cosas para ligeramente correr, a duras penas van paso a paso, careciendo de consolación interior, porque no se atreven a destetarse de las transitorias, ni teniendo en abundancia éstas, porque ni el remordimiento de la conciencia les deja, y algunas veces les falta aparejo.

Verdaderamente es vida muy miserable la del hombre tibio, el cual, por no trabajar de una vez, siempre trabaja; y, como el proverbio dice, *cabra coja no tiene siesta*. Pluguiese a Dios quisiesen entrar en cuenta, y poner en una balanza los trabajos que les costaría el servir a Dios de verdad, y en otra los desconuelos y remordimientos de conciencia, y dudas de su salvación, que son anexas a la tibieza, y verán cuán miserable cosa es, por no querer un enfermo ponerse algunos días en cura, vivir toda la vida desabrido y flaco, sin comer esto ni aquello, y haciéndole mal el aire, el sol, el sereno, viviendo una vida que parece tormento, y en peligro de perderla por cualquier ocasión.

Pluguiese a Dios que determinases, cristiano, de una vez a poner la segur de la verdadera diligencia a la raíz de tus pasiones; que aprendieses a lavar tus lla-

gas con lágrimas de tus ojos, para que el Señor te las limpiase y diese perfecta salud; y no fueses tan perezoso ni regalado para tomar sobre tus hombros la cruz de la penitencia; porque cierto, antes de mucho tiempo experimentarías que no hay trabajo mayor que la pernicioso holganza, y que debajo de los santos trabajos, como en un campo, está escondido el Reino de Dios, que, como dice San Pablo (*Rom.*, 14), *es justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo*; y experimentarías cómo tienes fuerza para sufrir aires y vientos de persecuciones, sol de tentaciones carnales, heladas de las que causan los demonios; y *beberías ponzoña y no morirías con ella*, porque aquel fuerte amor de Jesucristo nuestro Señor a los que con porfía le buscan, de tal manera enseña al ánima, que puede decir con San Pablo: *Yo sé abundar y sé padecer pobreza; ser humillado y ser ensalzado; en todas cosas y en todo lugar me sé haber bien* (*Phil.*, 4). Y este amor que así enseña, hace al ánima tan robusta, que puede decir: *Todas las cosas puedo en Aquel que me conforta* (*Filip.*, 4). ¿Qué se puede comparar con la alegría y riquezas de aquesta salud? ¿Qué trabajo puede ser grande, saliendo tan precioso fruto de él?

No sé por qué las personas de ánimos generosos, a quien Dios dió lo que han menester para pasar esta vida sin que se ocupen en lo ganar, no sé, según he dicho, por qué no se enamoran de joya tan preciosa, de salud tan firme y alegre. Pues que deben pensar que no los desocupó Dios de los trabajos de los hombres para que viviesen en ociosidad o en malas ocupaciones, causadoras de mayores pecados, como si no fueran gente tan principal. No fué éste el fin de Dios, sino hacerlos en el cielo más grandes que a otros, como acá los hizo; y el medio para esto son los más justos y devotos ejercicios; y para que los pudiesen hacer, desocúpalos de las cosas de acá, líbralos de las de aquella maldición echada a los hombres: *En sudor de tu cara comerás tu pan* (*Gen.*, 3), para que en lugar de aquella obra terrena que mantiene al cuerpo, se ocupasen y sudasen en escardar su ánima de la hierba de las malas pasiones, la arasen y revolviessen con el arado de la cruz e imitación de ella, y se sembrase en ellas Jesucristo crucificado, y no se contentasen con cualquier fruto sino que fuese muy grande, colmado y perfecto.

4.—*Jesucristo, Pastor y Médico de las almas.*

Posible es que, convidados algunos con el deseo de aquesta salud—pues a todos nos es enojosa la enfermedad—, conciban propósito firme de querer curarse de sus enfermedades, y me pregunten que quién es el médico de ellas, y cómo y con qué condiciones se hace esta cura.

¡Bendita sea tu misericordia, Señor, que tan a tu cargo están los enfermos, que para remedio de ellos «enviaste del cielo un grande Médico, porque—como dice San Agustín—había en el mundo un gran Enfermo»!

Leed las quejas que Dios da, por el Profeta Ezequiel (34, 10-16) de los pastores de aquellos tiempos, porque no curaban las ovejas con aquel cuidado que era razón; no sanaban a las enfermas, no esforzaban a las flacas, no atacan las quebraduras, no traían a la manada la que se había perdido, ni aun la buscaban; y enojado de esto, dice el Señor: *Yo libraré mi manada de la boca de estos pastores, y no se las tragarán más; porque esto dice el Señor Dios: Mirad, que yo mismo buscaré mis ovejas y las visitaré; y así como el pastor visita su manada, en el día que estuviere en medio de sus destrozadas ovejas, así visitaré yo mis ovejas; y las libraré de todos los lugares, en los cuales fueron esparcidas en el día de la nube y obscuridad. Yo las apacentaré en pastos muy abundantes; en los altos montes de Israel serán los pastos de ellas; allí descansarán en las hierbas verdes, y en los pastos gruesos se apacentarán. Yo apacentaré mis ovejas. Yo haré que se echen, dice el Señor Dios; yo buscaré lo que se había perdido; yo tornaré lo que había sido alanzado; yo ataré lo que se había soltado y desmandado; yo esforzaré lo flaco, y guardaré lo que está fuerte y grueso; y en juicio las apacentaré.*

Grandes promesas y piadosas palabras dice aquí Dios, manifestadoras de su mucha caridad para con sus ovejas, y tanto hace por su remedio. Yo mismo—dice el Señor—*las visitaré*; y si queréis saber cómo—añade Dios Padre, diciendo—: *Yo despertaré sobre ellas un Pastor que las apaciente: a mi siervo David; ése las apacentará, y él será pastor de ellas; y yo, su Señor, seré su Dios; y mi siervo David, Príncipe en medio de ellas.* Cuando estas palabras se dijeron, muy muchos

años había que el rey David era muerto; y sin duda ninguna *este David* que Dios había de dar por pastor a los hombres, Jesucristo nuestro Señor es. Y con razón tiene este nombre [David], que quiere decir, *fuerte con la mano*, pues hizo las mayores hazañas, y de mayor fortaleza que nadie hizo, que son matar la muerte y pecado, y ganar a los hombres la gracia de Dios, y hacerles herederos del cielo.

Este Señor, por ser Dios, es dueño de las ovejas, pues las crió con el Padre y con el Espíritu Santo. Y llamóse *siervo* del Padre en cuanto hombre, porque le sirvió y obedeció en la obra de la Redención de los hombres; según está escrito (*Is.*, 45, 13): *Él libertará mi cautividad*. Y en otra parte (53, 10): *La voluntad del Señor en la mano de Él será prosperada*. Este Señor fué del cual está escrito (*Bar.*, 3, 37) *que halló el camino de la doctrina, y la dió a Jacob su siervo, y a Israel su amado*; lo cual fué cuando en el monte Sinaí dió su Ley al pueblo de los judíos. Después de lo cual, dice el Profeta, *fué visto en la tierra, y conversó con los hombres*.

Muy bien proveído fué que Dios humanado fuese nuestro Pastor y nuestro remedio, para que quedasen llenos nuestros corazones de esperanza, que pues no hay cosa mayor que Dios, ningún mal nuestro hay sin remedio, si queremos aprovecharnos de él.

5.—Cristo, Pastor en su vida mortal.

¿Quién contará cuán bien ejercitó este Señor, cuando al mundo vino, el oficio de Pastor, predicando, sanando enfermos, resucitando muertos, consolando tristes, perdonando pecados? Y en testimonio que era Criador del hombre todo entero, y que su remedio era bastante para todo el hombre, mantenía las ánimas con cosas espirituales, y remediaba el hambre de los cuerpos y las otras enfermedades en el trabajo que lo habían menester

Visitó a sus ovejas, visitó como el pastor que está en medio de ellas, sanando lo enfermo, esforzando lo flaco, guardando lo sano, buscando lo perdido, y trayéndolo al rebaño aun encima de sus propios hombros (*Lc.*, 15, 5); y en fin, dando remedio a sus ovejas de todos los males que les habían venido *en el día de la nube y de la obscuridad* del pecado original, y también

de los mortales y veniales que ellas han hecho, si de ellos piden perdón y hacen penitencia verdadera. Sánolas *puesto en medio de ellas*, viviendo, y en medio de dos ladrones, muriendo; puesto encima de su cayado, que es la santa cruz, para, como desde lugar alto, mirar mejor por sus ovejas, por las cuales moría. Dichosas ovejas, que vieron y oyeron las obras y la voz de su propio Pastor, con las cuales los que de ello se sabían aprovechar, maravillosamente eran apacentados y remediados.

¡Alabada sea tu bondad, Señor, que te traía de tierra en tierra sanando enfermos, enseñando ignorantes, andando en medio de ellos haciéndoles bien, como cuidadoso Pastor a sus amadas ovejas!

6.—*En su vida eucarística.*

Y otra vez y otra vez (2) seas alabado, porque tu grande bondad y amor excesivo que a los hombres tienes, no se acabó en aquellos tiempos, ni en aquella tierra, mas extendióse por todo el mundo, y por todos los años que el mundo durare. Danos, Señor, danos, por tu misericordia, espíritu, no de este mundo, mas del Espíritu Santo tuyo, con cuyo favor alumbrados y fortificados, conozcamos y agradezcamos esta inefable merced de que estamos hablando; que Tú mismo, que entonces personalmente estabas y andabas con tus ovejas [hace] mil y quinientos y tantos años, nunca las desamparaste, y Tú mismo estás aquí entre nosotros, y estarás, mientras el mundo durare, en tu Iglesia.

¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué es esto? ¿Cómo no salimos de nos de admiración? ¿Cómo no estimamos esta merced? ¿Por qué no nos tenemos por ricos y bienaventurados, por tener con nosotros a nuestro Señor? ¿Y por qué no somos más cuidadosos de aprovecharnos de tal pasto y Pastor? Veislo allí al Príncipe soberano cómo está en medio de sus ovejas, que somos nosotros. Y aunque parece que no hace nada, desde allí ejercita con sus ovejas las obras de verdadero Pastor.

Paraos a contar los beneficios que entonces hacía, y

(2) *Otra vez y otra vez*; frase latinizada: *iterum iterumque*.

veréis que no los hace menores ahora, y aun por ventura mayores, pues da fe con que le conozcamos, y amor con que le amemos, más que al vulgo de la gente de entonces.

Meta cada uno en su conciencia su mano, y mire qué pasto recibe de la mano de este bendito Pastor cuando viene a Misa, cuando le adora, y principalmente cuando comulga y lo recibe en su pecho. Que verdad digo, y verdad de Dios, que este Príncipe nuestro, Jesucristo, Médico y Pastor amoroso, está entre nosotros, y Él mismo entra en nosotros, y obra en sus ovejas todo lo que obró por las calles, plazas y templo de Jerusalén. Mirad vos que lo recibáis bien; que por su parte Él sanará vuestras enfermedades, que os quedaron como reliquias *del día de la nube y de la obscuridad* del pecado original, y según he dicho, aun de las reliquias de las malas costumbres, y de la flaqueza de la virtud, que de los pecados que vos habéis hecho, os han quedado; y finalmente, hallaréis aquí lumbre contra la ignorancia de lo que debéis hacer; hallaréis bondad contra vuestra malicia; facilidad para bien obrar, contra la dificultad que sentís; y ese malo y extraño calor (que se llama concupiscencia o *Fomes peccati*) que mora en nosotros, que nos va gastando nuestra virtud y enflaqueciéndonos, y siendo causa que caigamos en pecado; este divino Sacramento, este Médico y Pastor enviado del Padre, con el rocío de su gracia templará aquel mal calor, para que no nos gaste tanto, ni tenga tanta fuerza en nosotros.

Y como es propio manjar en nuestra ánima, esfuerzo nuestro corazón, y con su excelencia restaura lo que el mal calor de nuestra concupiscencia había gastado de nuestra virtud. Y no sólo hace esto, como el pan y manjar corporal lo hace en el cuerpo, mas mucho mejor; porque lo que el manjar corporal restaura en el cuerpo, no es tan bueno como lo que se había perdido; y de ahí nace, que como se va poco a poco gastando, y no se restaura tan bueno como se perdía, necesariamente viene el hombre a morir. Y para que en el estado de la inocencia se supliese aqueste efecto, ordenó la divina Sabiduría que, [aunque] los hombres tuviesen otros manjares con que mantenerse, comiesen *del árbol de la vida*, con cuyo fruto se remediaba aquella falta que no podían remediar los otros manjares.

¡Cuán admirables son tus obras, Señor! ¡Quién fue-

se tan dichoso que pudiese decir con verdad lo que dijo David (*Ps.*, 138, 14): *Y mi ánima las conocerá mucho!* ¡Cuánto te debemos, cuán poco te lo servimos, y algunos hay que aun no miramos en ello! Merced hiciste a los hombres de proveerlos con mantenimiento cuando vivieron en tu obediencia (3); y mayor merced fué plantarles un árbol en medio del Paraíso terrenal—que se llamaba el árbol de la Vida—para que comiendo de él, su salud y fuerzas no se enflaqueciesen y se disminuyesen. Mas en comparación de Ti, mi Dios y Señor, manjar verdadero, que vales por manjar y por árbol de Vida, plantado en tu Iglesia, como aquí te tenemos en medio de nosotros, aquello que parecía beneficio queda tan obscurecido con el resplandor de éste, que quita la gana de acordarse del otro árbol de Vida. ¡Manjar de nuestra ánima, hierba molida, majada (4) con graves tormentos, para que seas puesta por emplasto saludable encima de nuestras heridas, y seas sustento de nuestra flaqueza y restauración de lo que por el pecado, que mora en nosotros, hemos perdido! No hay miel rosada (5), no hay medicina que así chupe la podre que mana de nuestras llagas, como esta divina medicina lo hace en nuestra ánima, renovando y haciendo cada día lo que una vez hizo con una mujer enferma de doce años, que siendo tocado en lo postrero de sus vestiduras, luego la sanó, y se restañó la fuente de la sangre que de ella salía (*Mt.*, 9, 20-22).

No lo dude nadie, no; medicina eficacísima es este divino Sacramento bien recibido para templar todas nuestras pasiones, para alumbrar todas nuestras ignorancias, para confortar nuestro corazón. Contra toda flaqueza hay pelea (*Exod.*, 16). Y si creéis que aquel maná corporal pasado, manjar de cuerpos, que al fin se morían los que lo comían, le daba Dios tal virtud, que si el que lo comía era bueno, aunque el sabor natural era de pan con miel (*Exod.*, 16, 31), le daba Dios tal virtud, que siendo unos gránillos blancos y pequeños, supiese a perdiz capón, y generalmente a todo

(3) Se refiere a nuestros primeros padres antes del pecado.

(4) *Majada*: machacada.

(5) *Miel rosada*: preparación de miel batida con agua de rosas y hervida después hasta que adquiere consistencia de jarabe (Academia).

aquello que el buen hombre que lo comía quería (*Sap.*, 16, 20); este bendito Señor nuestro ha puesto, en el manjar que allí está, remedio bastante y sobrado para todos cuantos males tenemos y podemos tener.

Y San Juan lo vió esto, y lo agradeció el Profeta David, cuando dijo (*Ps.*, 22, 5): *Pusiste en mi acatamiento una mesa contra todos los que me atribulan.* ¡Oh grande palabra! ¡Oh poderoso remedio! Consuelo eterno para los necesitados que de él se quieren aprovechar, y justa causa de condenación para los que no.

—¿Qué decís, santo Rey David? ¿Qué mesa es ésta contra todos los que os atribulan?

—Contra todos: mundo, carne, demonio; pobreza, riqueza; males de cuerpo, males de ánima.

¡Oh palabra, tan grande como verdadera! *Contra todos los que me atribulan.* Vengan aquí los atribulados, y hallarán su remedio. No se queje nadie ya: «Este mal tengo y aquéste», sino quejaos de vos mismo, porque estáis en pobreza, de no venir a la mesa del entero remedio.

7.—*Si no os sana la Eucaristía es porque comulgáis de tarde en tarde.*

Y los que os sentís aliviados de la carga de vuestras pasiones, y con más fuerzas para bien obrar, mirad que os aviso: si queréis que el bien os dure, comulgad hoy.

San Bernardo ¿qué dice? [«Si alguno de vosotros no siente con tanta frecuencia o tanta fuerza los movimientos de la ira, de la envidia, de la lujuria, o de otros vicios semejantes, dé gracias al Cuerpo y a la Sangre del Señor, pues la virtud del Sacramento obra en él; y regocíjese de que una herida tan grave se acerca a la curación»] (6).

Y conforme a esto, dice San Ambrosio: «Que este divino Sacramento es dado para remedio de nuestra cotidiana flaqueza.» Gran verdad nos dice; y con aquella flaqueza nos avisa de la causa por que, teniendo manjar tan poderoso contra nuestra flaqueza, todavía estamos tan flacos. ¿Queréis oír cuál? La flaqueza es de cada día, el comer es de año a año, o poco

(6) *Sermo in Coena Domini*, lit. T.

menos; viene tarde el socorro del bastimento (7) y la medicina de la herida; y así, aunque alguna vez aprovecha para que, después que el hombre cayó y murió, se levante, mas no aprovecha para preservar de la muerte, por ser tan de tarde en tarde comido.

Pluguiera a Dios, que cuando los ministros del rey de Babilonia (*Dan.*, 3, 19) encendían en ti el horno de las concupiscencias, te llegaras al altar y recibieras a este Señor; y no tuvieras que llorar tu caída, y aprobaras la virtud de este sacratísimo Pan, que conforta el corazón del hombre para no caer.

8.—O porque no comulgáis con fervor.

Y no sólo pierden el fruto de este *árbol de Vida* estos que tan tarde lo comen, mas también los que a menudo, y por no saber usar de esta medicina. Todos los enfermos desean sanar, mas no todos se quieren poner al trabajo de la cura; y sin la obra, aprovecha poco el deseo.

Adviértase bien cómo para purgarse, uno recibe jarabes, deja de comer lo que quiere, come lo que mal le sabe, sufre sangrías y otros trabajosos remedios, entendiendo que le va más en su vida; y el que se holgaba mucho andar por las calles y aun por el campo, se encierra en su casa, y se mete en un rincón, como preso en cárcel, y con esfuerzo sufre estar privado de su voluntad y hacer lo que es contra ella, por recobrar la salud perdida y gozar de la vida de sano; y con todo esto aun le sale muchas veces en balde lo que esperaba, y sobre su enfermedad se queda con sus trabajos; y algunas veces, el que era enfermo y rico se queda enfermo y pobre, y aún más enfermo que antes; que por eso leemos que acaeció así a la mujer de *doce años enferma* (*Mc.*, 5, 26), para que entendamos que no es ella sola a quien esto acaece. ¿Qué responderemos en el juicio de Dios, pasando tantos trabajos, tormentos y martirios con esperanza de salud incierta, y la que se alcanza, o se torna presto a perder, o se acaba del todo con la muerte, y que por alcanzar la salud del ánimo que para siempre ha

(7) *Bastimento*: provisiones de boca, comestibles. Es voz propiamente militar; pero tambien se usa fuera de la milicia.

de durar, se nos hace de mal confesar nuestros pecados, hacer de ellos penitencia, pagar lo que debemos, perdonar nuestras injurias, cesar de otros negocios por pensar nuestros pecados? Y finalmente, queremos hallar todo hecho, sin que nos cueste trabajo, ni que perdamos de nuestros antojos poco ni mucho; dando a entender con las obras que la salud y vida del ánimo, y el alcanzar la gracia de Dios y gozar del mismo Dios para siempre, es cosa de tan poco valor, que no queremos por ello dar precio ninguno. Y por ventura hay algunos que no lo quieren recibir, aun que se les conceda de balde.

En cargo, Señor, te lo tienes (8) esto que te quiero suplicar; mas todavía lo diré por celo de tu honra, y en confusión de los que en poco te precian: Que no te des a nadie para que te posea, sino al que te amare y preciare sobre todas las cosas; y si le pidieres la honra, la vida y la hacienda por Ti, lo dé todo de buena gana; y piense que aun con todo esto te ha comprado barato.

¡Oh falsas balanzas de aquellos de quien se verifica lo que está escrito! *No tuvieron en nada la tierra digna de ser deseada* (Ps., 105, 24); donde se puede esperar que el justo Juez pondrá nuestras balanzas falsas en la picota (9) del infierno para siempre jamás.

9.—O porque no vivís como quien comulga.

Y los que por la misericordia [de Dios] pasan el trabajo que es menester para limpiar sus ánimas, y ser hechos hábiles para recibir a este Señor. medicina cordial (10) de los flacos y quebrantados, no se descuiden por haberlo recibido con el digno aparejo; porque si no tienen cuenta sino con que se gaste bien aquel rato de cuando confiesan y comulgan, y no guardan la salud recibida, acaecerles ha gozar tan

(8) *En cargo te lo tienes*: de tu cuenta corre; tú te encargas de esto.

(9) *Picota*: columna que había a la entrada de algunos lugares, donde se exponían las cabezas de los ajusticiados o los reos a la pública vergüenza.

(10) *Medicina cordial*: que fortalece el corazón,